

# La Muerte



@mgf.escritura

© La Muerte, 2021

© Sol Linares, 2021

© de la ilustración: María Gabriela Lovera Montero

Petalurgia, 2021

Colección Arcania



petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

Edición general: Ma. Gabriela Lovera y José Miguel Navas

Selección editorial / Arcania: José Miguel Navas

Diseño, maquetación e ilustración:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2021

# La Muerte







La Muerte  
Sol Linares

Colección Arcania

# La Muerte



@mgf.escritura

ARCANO XIII  
SOBRE EL VERBO MORIR

**A** Sigfredo le prohibieron pisar la grama. Una vez. Dos. Mil veces. Con hache y sin hache: «prohibido pisar la grama»; «proibido pisar...».

Le prohibieron fumar. Lo sacaron de los parques, de un café, de una morgue. (Tan bonito que es fumar viendo un árbol, hablando de extraterrestres, esperando que te entreguen un muerto).

Le prohibieron tocar los feos pastorcitos de porcelana de las tías que merecían estrellarse contra el piso. Le prohibieron reír en los funerales. Tener sexo en los cines, carruseles, ascensores. Le prohibieron linchar a quien lo merecía. Ser sincero. Decir lo que pensaba. Le prohibieron nacer, pero nació, contra todo pronóstico.

Le prohibieron perder. Con los altos costos funerarios, también le prohibieron ser enterrado dignamente. Le prohibieron entrar al siglo XXI. Pintar árboles azules. Hablar con la boca llena. Cortarse las venas cuando todo se pusiera feo. Fumar un porrito y mirar las estrellas con los ojos de Van Gogh. Perrear con la

esposa del vecino. Violar santos. Gritar. Hablar en voz alta con él mismo y responderse. Robar galletas en un mega *market*. Robar un museo, un banco, un marido. Tomar fotos con flash a *Las Meninas* en el museo El Prado. Escupir la cara a los políticos cuando decían mentiras públicamente. Votar por X o no votar. Cantar sin talento, amar sin condón, llorar sin motivos. Le prohibieron quedarse dormido en el pupitre. Bostezar cantando el himno patrio. Mentir. Asustar a los niños. Hacerse pasar por Trump y pedir disculpas por todo. Falsificar el pasaporte. Faltar a clases, al trabajo, a la eyaculación. Dormir en un ataúd. Bañarse desnudo en las fuentes de las plazas. Ver pornografía japonesa. Erectarse si miraba a los perros que se quedaban pegados después del coito.

A Sigfredo le prohibieron competir, ganar, deprimirse. Llorar a moco suelto en el hombro de un desconocido. Ser vulnerable; luego parecer muy violento. Estornudar sobre la ensalada. Ser marica. Ser machista. Ser feminista. Ser feo. Le prohibieron sentir celos, porque «nada era suyo» o «todo era de todos». Le prohibieron roncar. Saquear la nevera de un ministro. Orinar en una piscina. Pedir el autógrafo a un don nadie. Ser pesimista. Contagiarlos a todos de su mala suerte. Sacar el dinero del banco. Botar la basura semanalmente, quincenalmente, anualmente. Comerse las uñas y tragarlas. Soltar pedos. Bailar *tap* sobre la limusina de un gobernador. Mostrar ira cuando sentía ira. Mostrar amor cuando estaba enamorado.



A Sigfredo le prohibieron hacer las cosas distintas. Olvidar, empezar desde cero, desde tres, desde el 2020. Caminar en reversa. Decir: tengo miedo. Decir: «no lo sé». Decir: «merezco más». También le prohibieron envejecer. Eructar la pizza o eructar a mitad de un mal poema. Pegar el chicle bajo la mesa, en la luna, en el cabello de una niña monstruosa. Falsificar firmas, falsificar un beso, una fe. Probarlo todo, aburrirlo todo, tomarlo todo. Le prohibieron confiar en alguien, caminar a ciegas, amar a ciegas. Alquilar un cohete, un vientre, un novio. Vengarse. Destrozarse. Rehacerse. Arrancarse las pestañas, decepcionar adeptos. Cabalgar un chimpancé. Ser la mascota de un humano. Rendirse. Borrarse heridas. Equivocarse. Ahogarse en un vaso de agua. Tocar el timbre de una casa a los 40 años y correr, sin parar, correr, correr, y de tanto correr a ciegas, cruzar la calle donde un autobús reventaba sus huesos.

Ese día, a Sigfredo le prohibieron morir. Un yeso en la cervical, en un brazo y otros dos en las piernas le prohibieron caminar durante seis meses. Por supuesto le prohibieron odiar haber nacido. Cagarse encima. Tragarse dos frascos de seconal.

Pero el doctor no dijo nada de imaginar. Nadie, ni el doc, ni la madre, ni el Presidente, la tía, las maestras, los amigos, los enemigos, nadie nunca le había prohibido imaginar. ¿Cómo se prohíbe eso?

Echado en la cama, tieso como los pastorcitos de porcelana de las tías, vio que adentro en la cabeza po-

día llegar a ser infinito. «Así que imaginar es desobedecer...», pensó.

Sigfredo cerró los ojos. Por primera vez era suyo y nadie custodiaba lo que hacía. ¿Qué hacía? Pisaba la grama. Fumaba un porro. Amaba a Justin Bieber. Escribía un libro, ganaba el Nobel. Pilotaba un avión. Hablaba inglés con las mangostas. Mataba al padre, a Lenon, al Presidente. Se masturbaba por Will Smith. Lloraba. Era rico. Robaba besos, maridos, lámparas. Fracassaba. Mentía. Bailaba ballet. Besaba el pecho de Kitaro. Compraba una casa en Santorini. Nacía en Inglaterra en 1862. Se llamaba Carlos V. Ordeñaba unicornios. Era acróbata del *Circo du Soleil*. Violaba a Michael Jackson. Pintaba un graffitti sobre el *Guernica*. Resucitaba a Freddy Mercury, a Cristo, a Da Vinci. Y moría. Sobre todo moría.

## SOBRE EL VERBO REENCARNAR

**M**auricio es mago. Lo conocí en el café de Biagio durante la función. Esa noche subí las escaleras que conducen a la pérgola y me instalé en la esquina de la barra. Sobre los hechos no tuve ninguna responsabilidad; nací con mala leche. Acababa de quedar desempleada y me dominaba cierta languidez de espíritu, ese estado indeterminado que aprovecha el destino para burlarse de uno. Qué importa, ya no sé si uno reencarna hacia adelante o hacia atrás, en el pasado o en el futuro. Recuerdo que revisé mi cartera. Sobresalieron algunos objetos damnificados: un teléfono sin saldo, una galleta *oreo* y un labial viejo que olía a encía. Sin dinero, reiné en la barra con aire reflexivo, apenas me alcanzaba para un ron. Esperé que el hielo se derritiera para que me rindiera el trago.

Había poca gente, bostezaban mientras Mauricio cortaba a una mujer por la mitad.

—¡Es un desastre! —escuché a mis espaldas.

Era Biagio, el dueño del bar. Iba y venía de un lado al otro, decía cosas en italiano, *¡porca la miseria!*,

*¡ma che cazzata stai facendo!*, con esa actitud clásica que emplean los italianos para dejar claro que con ellos empieza y termina el sufrimiento. La noche era bella y dramática. O Biagio la embellecía con sus gritos, se llevaba las manos a la cabeza y sufría. Es natural en ellos comportarse de ese modo; en Italia todos nacen con las manos en la cabeza, como si en algún momento fuera a caerse la torre de Pisa.

En el escenario, el mago forcejeaba con el serrucho. Daba ternura verlo cortar a la mujer y acomodarse un paltó que le quedaba grande. La asistente se defendía sin llegar a mostrar interés por sus mosaicos. Odiaba que Mauricio, siendo mago, fuera tan inepto para aparecer una casita donde pudieran vivir juntos. Aquella mujer estropeaba el espectáculo con su fingido interés, por mucho que Mauricio magnificara un truco, ella lo hacía ver defectuoso y vulgar. En el tercer acto se tornó impertinente y salió de la cámara oscura cuando le dio la gana, arisca y sofocada como una mujer que sale de un baño público. Biagio la echó no bien puso los pies fuera del escenario:

—¿Te largas! —Su brazo apuntaba a un lugar más allá de la calle, más allá del continente. Me pareció que en los Apeninos.

—Pero Biagio —dijo Mauricio.

—Cállate o te vas tú también.

Luego me miró.

—Y tú. Serás la asistente de Mauricio.

—¿Yo?

—Es muy gorda —dijo Mauricio encontrando en mí un obstáculo para sujetarme al arnés.

—Pero, ¿qué importa, Mauricio! —gritó Biagio dándole la espalda— ¿Necesitamos alguien convincente!

—¿Y qué con eso? —preguntó Mauricio irritado.

—¿Oh, imbecille! ¿Alguien que sufra si la picas! ¿O alguien que vuele si la haces levitar!

El argumento nos persuadió. Me tocó empezar esa misma noche, en la cámara de gas. Mauricio me explicó la ciencia del truco y me prometió rescatarme antes de morirme. Pese a mi inexperiencia, logramos salir aireados; si me costaba algún movimiento aprendí rápido a sonreír mientras me asfixiaba, me picaba o me lanzaba cuchillos. La gente reía. Les causaba gracia verme intentar caber en los trastes, parece que por primera vez conocían la comedia. Biagio no cabía de felicidad, había logrado juntar la comedia, la magia y a Botero en una misma función.

Nos quedaba realizar el último truco de la noche. Sencillo, desaparecer en la caja de la reencarnación. Consistía en introducirme en un cajón hermético, cuyo fondo se conectaba al pasadizo que conducía hacia el interior de otra caja ubicada en el extremo opuesto del proscenio. Yo contaba con siete segundos para atravesar el conducto, pero todo terminó en un absoluto desastre...

Mauricio me guió al interior de la caja, tras lo cual cerró la compuerta. Rápidamente bajé las escaleras y

corrí a la segunda caja. Allí esperé. Cuando Mauricio, o el diablo, abrió la puertita, un chorro de luz me encegueció. Tampoco pude mover mis brazos para taparme el rostro. Fui abriendo los ojos dolorosamente, delante de mí se abrió un paisaje inusitado. Me hallé en mitad de una plazuela inmadura, cercada por casas aisladas de extensos alares y pedruscos. Hacía frío. Pocos árboles crecían entre las hendijas de las rocas.

Cuando quise avanzar, me descubrí atada a un madero que habían hecho enterrar en la caliza. «Qué gran mago es Mauricio», pensé. Había soldados fumando en pequeños grupos, haciendo descansar sus fusiles en el corazón de los matorrales. Tras la llegada de un hombre vestido con casaca y botines de paño, aquellos soldados organizaron rápidamente una fila frente a mí. Era la primera vez que lo veía, pero algo entendió mi quijada que comenzó a temblar.

El sujeto se detuvo a tres metros del patíbulo, en actitud de sentencia. Acto seguido, desenrolló un folio, que leyó de inmediato con aire solemne.

—María Gertrudis Teodora Bocanegra Lazo Mendoza. Por cuanto ha sido encontrada culpable del delito de traición al virrey...

Yo no sabía quién era aquella pobre mujer, pero todos me estaban mirando. Dizque Gertrudis, o sea yo, se había infiltrado en las tropas realistas como informante de los grupos insurrectos de Michoacán. ¿Michoacán, dijo? Balbucí el nombre de Mauricio a ver si con eso se disolvía la escena, pues estaba metida hasta

el codo en los chismes de la independencia mexicana.

—...castigada con la muerte —dijo el hombre, y terminó de esta forma: Sentencia que se dicta en Pátzcuaro, Michoacán, a los once días del mes de octubre de 1817.

Luego de leer la sentencia que me inculpaba de insubordinación, me exhortó a decir mis últimas palabras. No lo pensé dos veces:

—¿Conoce usted al señor Biagio Cassolini? ¿El dueño del bar *Al Capone*?

A la primera señal, los soldados alinearon los fusiles contra mí. A la segunda señal me oriné el vestido. A la tercera señal, las balas reventaron mi pecho. Llevo muerta varios días. No vuelvo a entrar en una caja de reencarnaciones. Es muy peligroso.



SOL LINARES (VENEZUELA, 1978)

Novelista, cuentista, ilustradora. Primer lugar en el concurso «Cuento, ensayo, poesía» (ULA, 2002) por el cuento «Bitácora de ti». Primer lugar en la III Bienal Nacional de Literatura «Ramón Palomares 2007» con el libro de cuentos *Cuentafarsas* (Fondo Editorial Arturo Cardozo, 2007 / Fundarte, 2010). Primer lugar en el «Concurso Internacional de Novela ALBA Narrativa 2010» con la obra *Percusión y Tomate* (El Perro y la Rana, 2010 / Fondo Cultural ALBA, 2011 / La Oveja Roja, 2016 / Acirema, 2018). En 2011, Monte Ávila Editores publica su segundo libro de cuentos *La circuncisa*. «Premio Municipal de Literatura Luis Britto García 2014» por su novela *Canción de la aguja* (Fundarte, 2013). «Premio Municipal de Literatura Luis Britto García 2015» por su libro de cuentos *La silla cruza las piernas* (Fundarte, 2014). Muestra de su trabajo narrativo ha sido recogido en distintas antologías como *Antología sin fin* (Escuela del sur, 2012), *De qué va el cuento* (Alfaguara, 2013), *Nuestros más cercanos parientes* (Editorial Kalathos, España 2016). Autora de la publicación periódica *Verbolatría* en su Blog: <https://sollinares.blogspot.com>





[www.petalurgia.com](http://www.petalurgia.com)  
[petalurgia@gmail.com](mailto:petalurgia@gmail.com)  
[@petalurgia](#)